

1924: 3 DE JUNIO

entre los brazos al niño y permaneció junto a la ventana.

"Oh, qué debilidad; siempre el despertar, esta debilidad, este odio, este desprecio que no acabo de sentir ... "

Su mirada se cruzó con la de ese indio sonriente que traspasaba la verja del huerto, se quitaba el sombrero de paja e inclinaba la cabeza ...

" ... cuando despierto y miro su cuerpo dormido junto a mí..."

Los dientes blancos le brillaban, sobre todo cuando él se acercaba.

"¿Me quiere de verdad?"

El amo se fajó la camisa dentro de los pantalones estrechos y el indio dio la espalda a la ventana de la mujer.

"Han pasado cinco años ya ... " Ella dio la espalda al campo.

—¿Qué te trae tan de mañana, Ventura?

—Me vienen guiando mis orejas. ¿Me deja llenar el guaje?

—¿Está todo listo en el pueblo?

Ventura asintió; caminó hacia el jagüey; hundió el guaje en el agua; bebió un trago; volvió a llenarlo.

"Quizá él mismo ha olvidado las razones de nuestro matrimonio ... "

—¿Y qué te dicen tus orejas?

—Que el viejo don Pizarro no lo puede ver a usted ni pintado.

Él no la escuchó decirlo, cuando ella despertó de su insomnio. "Me dejé ir." Recostada aliado de él. La cabellera castaña le cubría el rostro y en todos los pliegues de la carne sintió esa humedad fatigada, ese cansancio del verano. Se pasó una mano por la boca y previó el nuevo día de sol vertical, el aguacero de la tarde, el tránsito nocturno del bochorno a la frescura y no quiso recordar lo sucedido durante la noche. Escondió el rostro en la almohada y repitió: —Me dejé ir.

El alba borró los penachos de la noche y entró, fría y clara, por la ventana entreabierta de la recámara. Definió de nuevo los detalles que la oscuridad confundió

en un solo abrazo.

"Soy joven; tengo derecho ... "

Se puso el camisón y huyó del lado del hombre antes de que el sol remontase la línea de montañas.

"Tengo derecho; está bendito por la Iglesia."

Ahora, desde la ventana de su recámara, lo vio coronando el lejano Citlaltépetl. Arrulló

—Eso ya lo sé.

— y dicen las orejas que va a aprovecharse del alboroto de hoy domingo para desquitarse .

" y ahora me ame de verdad ... "

—Benditas sean tus orejas, Ventura.

—Bendita sea mi madre que me instruccionó a traerlas siempre bien lavadas y sin cerilla.

—Ya sabes lo que hay que hacer.

" ... me ame a mí y admire mi belleza ... " El indio rió sin sonido, acarició los bordes de su sombrero deshebrado y miró hacia la terraza cubierta por un alero de tejas, donde esa hermosa mujer ya había tomado asiento sobre la mecedora.

" ... mi pasión ... "

Ventura la recordaba, desde hace años, sentada siempre allí, a veces con el vientre redondo y grande, otras esbelta y silenciosa, siempre ajena al trajín de las carretas colmadas de grano, a los bramidos de los toros herrados, al desprendimiento seco de los tejocotes durante el verano en la huerta plantada por el nuevo señor alrededor de la casa de campo. " ..lo que yo soy ... "

Ella observaba a los dos hombres. Observaba con la mirada de un conejo que mide la distancia que lo separa de los lobos. La muerte de don Gamaliel la había desnudado, súbitamente, de las defensas orgullosas de los primeros meses: el padre representó una continuidad del orden y las jerarquías y en seguida el primer embarazo justificó el alejamiento, el pudor y las advertencias.

"Dios mío, ¿por qué no puedo ser la misma de noche que de día?"

y él, al voltear el rostro para seguir la mirada del indio, encontró el rostro inmóvil de su mujer y pensó que durante esos primeros años la frialdad le había sido indiferente; él mismo había carecido de voluntad para atender ese mundo, ese mundo secundario de lo que no acaba de integrarse, formarse, encontrar su nombre, sentirse antes de nombrarse.

" ... ¿de noche que de día? .. " Otro, más urgente, lo solicitaba.

—El señor gobierno no se ocupa de nosotros, señor Artemio, por eso venimos a pedirle que usted nos dé una mano.

—Para eso estoy, muchachos. Tendrán su camino vecinal, se lo prometo, pero con una condición: que ya no lleven sus cosechas al molino de don Cástulo Pizarro. ¿No ven que ese viejo se niega a repartir ni un cacho de tierra? No lo favorezcan. Traigan todo a mi molino y déjenme a mí colocar las cosechas en el mercado.

—Tiene usted razón, no más que don Pizarro nos va a matar si hacemos eso. —Ventura: repártele sus rifles a los muchachos para que aprendan a defenderse."

Ella se meció lentamente. Recordaba, contaba días y a menudo meses durante los cuales sus labios no se abrieron. "Él jamás me ha reprochado la frialdad con que lo trato durante el día."

Todo parecía moverse sin su participación y el hombre fuerte que desmontaba con los dedos encallecidos y la frente plisada de polvo y sudor pasaba de largo con el fuete entre las manos a derrumbarse en la cama para volver a despertar antes que el sol y emprender, todos los días, el largo paseo de la fatiga a lo largo de las tierras que debían producir, rendir: ser, conscientemente, su pedestal.

"Parece bastarle esta pasión con que lo acepto durante la noche."

Tierras de maíz, en la breve cuenca irrigada que rodeaba los cascos de las viejas haciendas: Bernal, Labastida, Pizarro; tierras de maguey y pulque más allá, donde el tepetate comenzaba otra vez.

—¿Hay quejas, Ventura?

—Pues las disimulan, amo, porque, a pesar de todo, ahora están mejor que antes. Pero se dan cuenta de que usted no más repartió pura tierra de temporal y se quedó con la de riego.

—¿Y qué más?

—Pues que usted sigue cobrando intereses por lo que presta, igual que don Gamaliel antes.

—Mira, Ventura. Ve y explícales que los intereses de veras altos se los estoy cobrando a los latifundistas, como este Pizarro y a los comerciantes. Ahora, que si ellos se sienten lesionados con mis préstamos, yo los suspendo. Creía que les estaba haciendo un servicio ...

—No, eso no ...

—Cuéntales que dentro de poco voy a cobrarle las hipotecas a Pizarro y entonces sí les voy a entregar los terrenos de riego que le quite al viejo. Diles que se aguanten y tengan confianza, que ya verán.

Era un hombre.

"Pero ese cansancio, esa preocupación lo alejaban. Yo no pedí ese amor apresurado que me dio de tarde en tarde."

Don Gamaliel, enamorado de la sociedad, los paseos y las comodidades de la ciudad de Puebla, olvidó el caserón campirano y dejó que el yerno administrara todo a su gusto.

"Acepté como él quiso. Él me pidió que no aceptara dudas o razonamientos. Mi padre. Estaba comprada y debía permanecer aquí..."

Pero mientras su padre viviese y ella, cada quince días pudiese viajar a Puebla y pasar la jornada a su lado, llenar las alacenas de los dulces y quesos preferidos, cumplir con él las devociones del templo de San Francisco, hincarse ante la momia del Beato Sebastián de Aparicio, recorrer el mercado del Parián, dar la vuelta a la plaza de armas, persignarse en las grandes pilas de piedra de la catedral herreriana y simplemente mirar el ir y venir de su padre por la biblioteca del patio ...

"Ah sí, cómo no, él me protegía, me apoyaba."

.. las razones de una vida mejor no se perderían del todo y el mundo acostumbrado y querido, los años de la infancia, tendrían realidad suficiente para permitirle regresar al campo, al marido, sin pena.

"Sin voz ni actitud, comprada, testigo mudo de él."

Podía imaginarse a sí misma como una visita de paso en aquel mundo ajeno, levantado desde el lodo por su esposo.

Poseía su mundo real en el patio sombreado de Puebla, en los placeres del lino fresco tendido sobre la mesa de caoba, en el tacto de las vajillas pintadas a mano y los cubiertos de plata, en el olor.

" ... de peras rebanadas, membrillo, compotas de durazno ... "

"—Ya sé que redujo usted a la ruina a don León Labastida. Esas tres casotas de Puebla valen una fortuna.

"—Ya ve usted, Pizarro. Labastida nada más pide y pide préstamos, sin importarle los intereses. Él mismo tejió la reata para colgarse.

"—Ha de gozar viendo cómo se derrumban los viejos orgullos. Pero conmigo no se va a poder. Yo no soy ningún catrín poblano como ese Labastida.

"—Usted cumpla puntualmente sus compromisos y no se ande adelantando a lo que pueda pasar.

"—A mí no me quiebra nadie, Cruz, eso se lo juro por ésta.")

Don Gamaliel sintió la vecindad de la muerte y él mismo preparó sus exequias con detalle y lujo. El yerno no pudo negarle los mil pesos sonantes que el viejo exigió. El catarro crónico se fue endureciendo, como una burbuja de vidrio hirviente puesta al sol

y pronto el pecho se le cerró y los pulmones no pudieron tomar más aire que el delgado, frío, que lograba colarse entre las rendijas de una masa de flema, irritación y sangre.

"Ah sí, objeto de un placer ocasional." El viejo ordenó una carroza chapeada de plata, cubierta por un palio de terciopelo negro y arrastrada por ocho caballos que debían lucir bridadas de plata y un plumaje negro sobre el tupé. Se hizo conducir en silla de ruedas hasta el balcón de la sala mientras la carroza y los caballos enjaezados pasaban, una y otra vez, por la calle y frente a su mirada de fiebre.

"¿Madre? ¡Qué parte sin alegría, sin dolor!"

A la joven esposa le dijo que sacara los cuatro grandes candelabros de oro de la vitrina y los puliera: debían rodearlo tanto en el velorio como en la misa de cuerpo presente. Le rogó que ella misma lo afeitara, porque la barba seguía creciendo durante varias horas: el cuello y los pómulos solamente, y un poco de tijera en la piocha y los bigotes. Que le vistiera con la pechera dura y el frac y le diera un veneno al mastín.

"Inmóvil y muda; por orgullo."

Heredó a la hija sus propiedades y designó al yerno usufructuario y administrador. Sólo en el testamento lo mencionó. A ella la trató, más que nunca, como a la niña que había crecido a su lado y jamás habló de la muerte del hijo, ni de aquella visita, la primera. La muerte parecía la ocasión para apartar piadosamente todos esos hechos y restaurar, en un acto final, el mundo perdido.

"¿Tengo derecho a destruir su amor, si su amor es verdadero?"

Dos días antes de morir, abandonó la silla de ruedas y se acostó en la cama. Recargado contra una masa de almohadas, mantenía su postura elegante y erguida, su perfil aguileño y sedoso. A veces alargaba la mano para asegurarse de la cercanía de su hija. El mastín gimoteaba debajo de la cama. Los labios lineares, al fin, se abrieron con un espasmo de terror y la mano ya no pudo alargarse. Permaneció sobre el pecho inmóvil. Ella se quedó allí, contemplando esa mano. Era la primera vez que presenciaba la muerte. Su madre había muerto cuando ella era muy pequeña. Gonzalo murió lejos.

"Entonces, es esta quietud tan cercana, esta mano que no se mueve."

Muy pocas familias acompañaron la gran carroza en su recorrido hacia el templo de San Francisco primero y el cementerio del cerro después. Temían, quizá, encontrarse con él. Su esposo mandó alquilar la casa de Puebla.

"Qué desamparo, esta vez. No bastaba el niño. No bastó Lorenzo. Me di a pensar en lo que pudo haber sido mi vida aliado de aquél, el de los barrotes; la vida que éste impidió."

("-Ahí está todo el día el viejo Pizarro sentado frente al casco de la hacienda, con una escopeta entre las manos. Ya no más le queda el casco.

"—Sí, Ventura. No más le queda el casco. "-También le quedan unos muchachos que se dicen muy valiosos y que le son fieles hasta la muerte.

"—Sí, Ventura. No te olvides de sus caras.")

Una noche ella se dio cuenta de que lo espiaba sin querer. Insensiblemente, fue olvidando esa indiferencia sin afectación de los primeros años para empezar a buscar, en las horas pardas del atardecer, la mirada de su esposo, los movimientos pausados del hombre que alargaba las piernas sobre el taburete de cuero o se agachaba para encender la vieja chimenea durante las horas frías del campo.

"Ah, debió ser una mirada débil, llena de compasión por mí misma, solicitando la de él; inquieta, sí, porque no podía dominar la tristeza y el desamparo en que me dejó esa muerte. Creí que esa inquietud era sólo mía ... "

No se dio cuenta de que, al mismo tiempo, un hombre nuevo comenzó a observarla con unos nuevos ojos de reposo y confianza, como si quisiera darle a entender que el tiempo duro ya había pasado.

("-Ora sí, todos dicen que cuándo les reparte las tierras de don Pizarro.

"—Diles que se aguanten. ¿No ven que Pizarro todavía no se acaba de rendir? Diles que se aguanten con sus rifles por si el viejo se atreve a meterse conmigo. Cuando las cosas se pongan el calma, ya les repartiré las tierras.

"—Yo le guardo su secreto. Yo ya sé que las buenas tierras de don Pizarro ya se las anda usted vendiendo a unos colonos a cambio de lotes allá en Puebla.

"—Los pequeños propietarios les darán trabajo a los campesinos también, Ventura. Anda, toma esto y quédate sosiego ...

"—Gracias, don Artemio. Ya sabe que yo ... ")

Y que ahora, asegurados los cimientos del bienestar, empezaba *a lo* hombre, dispuesto a demostrarle que su fuerza también servía para los actos de la felicidad. La noche en que esas miradas, al fin, se detuvieron para regalarse un instante de atención silenciosa, ella pensó por primera vez en mucho tiempo en el arreglo de su cabello, y se llevó una mano a la nuca de pelo castaño.

" ... mientras él me sonreía, de pie junto a la chimenea, con eso, con uno como candor ... ¿Tengo derecho a negarme a mí misma una felicidad posible ... ?"

("-Diles que me devuelvan los rifles, Ventura. Ya no les hacen falta. Ahora cada uno tiene su parcela y las extensiones mayores son mías o de mis protegidos. Ya no tienen nada que temer.

"—Cómo no, amo. Ellos están conformes y le agradecen su ayuda. Algunos andaban soñando con mucho más, pero ahora están conformes otra vez y dicen que peor es nada.

"—Escoge a unos diez o doce entre los más machos y a ellos les das los rifles. No sea que vaya a haber descontentos de un lado o del otro.")

"Después sentí rencor. Me dejé ir ... Y me gustó. Qué vergüenza."

Él deseaba borrar el recuerdo del origen y hacerse querer sin memorias del acto que la obligó a tomarlo por esposo. Recostado al lado de su mujer, pedía en silencio — eso lo supo—que los dedos entrelazados de esa hora fuesen algo más que una respuesta inmediata.

"Quizá con aquél hubiera sentido algo más; no lo sé; sólo conocí el amor de mi esposo; ah, entregado con una pasión exigente, como si no pudiese vivir un momento más sin saber que yo le correspondo ... "

Se reprochaba pensando que las apariencias hacían prueba en su contra. ¿Cómo hacerle creer que la había amado desde el momento en que la vio pasar por una calle de Puebla, antes de saber quién era?

"Pero cuando nos separamos, cuando dormimos, cuando empezamos a vivir un nuevo día, carezco de eso, de los gestos, de los ademanes que puedan prolongar en la vida diaria ese amor de la noche."

Pudo habérselo dicho, pero una explicación obligaría a otra y todas las explicaciones conducirían a un día y un lugar, un calabozo, una noche de octubre. Quería evitar ese regreso; supo que para lograrlo sólo podía hacerla suya sin palabras; se dijo que la carne y la ternura hablarían sin palabras. Entonces, otra duda le asaltaba. ¿Comprendería esta muchacha todo lo que él quería decirle al tomarla entre los brazos? ¿Sabría apreciar la intención de 'la ternura'? ¿No era demasiado excesiva, imitada, aprendida, la respuesta sexual de ella? ¿No se perdía en esta representación involuntaria de la mujer cualquier promesa de comprensión verdadera?

"—Quizá fue pudor. Quizá unas ganas de que este amor a oscuras fuese, de verdad, excepcional."

Pero él no se atrevía a preguntar, a hablar. Confiaba en que los hechos acabarían por imponerse; la costumbre, la fatalidad, la necesidad también. ¿Hacia dónde podía mirar ella? Su único futuro era al lado de él. Quizá esta simple evidencia terminaría por hacerla olvidar aquello, lo del principio. Se dormía junto a la mujer con este deseo, sueño ya.

"Yo pidiendo perdón por haber olvidado en el gusto las razones de mi rencor ... Dios mío, ¿cómo puedo responder a esta fuerza, al brillo de estos ojos verdes? ¿Cuál puede ser mi propia fuerza, una vez que ese cuerpo feroz, tierno, me toma entre sus brazos y no me pide permiso, ni perdón por lo que yo pudiera echarle en cara... Ah, no tiene nombre; las cosas pasan antes de que pueda darles un nombre ... "

("-Hay tanto silencio esta noche, Catalina ... ¿Temes romperlo? ¿Te dice algo?

"—No ... No hables.

"—Nunca me pides nada. Me gustaría que a veces ...

"—Dejo que tú hables. TÚ sabes —las cosas- que ...

"—Sí. No es necesario hablar. Me gustas, me gustas ... Nunca pensé ... ")

Se dejaría ir. Se dejaría querer; pero al despertar volvería a recordarlo todo y opondría su rencor silencioso a la fuerza del hombre.

"No te lo diré. Me vences de noche. Te venzo de día. No te lo diré. Que nunca creí lo que nos contaste. Que mi padre sabía esconder su humillación detrás de su señorío, ese hombre cortés, pero que yo puedo vengarlo en secreto y a lo largo de toda la vida."

Se levantaba de la cama, trenzando el pelo suelto, sin mirar hacia el lecho desordenado. Encendía la veladora y oraba en silencio, como en silencio demostraría, durante las horas del sol, que no había sido vencida, aunque la noche, el segundo embarazo, el vientre grande, dijera lo contrario. Y sólo en los momentos de verdadera soledad, cuando ni el rencor de lo pasado ni la vergüenza del placer ocupaban su pensamiento, sabía decirse con honradez que él, su vida, su fuerza,

" ... me ofrecen esta extraña aventura, que me llena de temor ... "

Era una invitación a la aventura, a lanzarse de cabeza a un futuro desconocido, en el que los procedimientos no estarían sancionados por la santidad del uso. Todo lo inventaba y lo creaba desde abajo, como si nada hubiese sucedido antes, Adán sin padre, Moisés sin Tablas. No era así la vida, no era así el mundo ordenado por don Gamaliel.

"¿Quién es? ¿Cómo ha surgido de sí mismo? No, no tengo el valor necesario para acompañarlo. Debo contenerme. No debo llorar cuando recuerdo mi vida de niña. ¡Qué nostalgia!"

Comparaba los días felices de la niñez con este galope incomprensible de rostros duros, ambiciones, fortunas derrumbadas o creadas de la nada, hipotecas vencidas, intereses caducos, orgullos sometidos.

("-Nos ha reducido a la miseria. No podemos tener trato contigo; tú eres parte de lo que él nos hace.")

Era cierto. Este hombre.

"Este hombre que me gusta irremediablemente, este hombre que quizás me ama de verdad, este hombre al que no sé qué decirle, este hombre que me lleva y me trae del placer a la vergüenza, de la vergüenza más deprimente al placer más, más ... "

Este hombre había venido a destruirlos: los había destruido ya, y ella sólo salvó su cuerpo, pero no su alma, vendiéndose a él. Largas horas pasó frente a la ventana abierta

sobre el campo, perdida en la contemplación del valle sombreado de pirules, meciendo a veces la cuna 'del niño, esperando el segundo parto, imaginando el futuro que podría ofrecerles el aventurero. Entró al mundo como entró al cuerpo de su esposa, venciendo el pudor, con esa alegría, rompiendo las reglas de la decencia, con ese gusto. Sentó a la mesa a esos hombres, capataces de las tierras, peones de mirada brillante, gente que desconocía las buenas maneras. Abolió todas las jerarquías encarnadas por don Gamaliel. Convirtió aquella casa en un establo de gañanes que hablaban de cosas incomprensibles, tediosas, sin gracia. Empezó a recibir comisiones de vecinos, a escuchar frases de adulación. Debía ir a México, al nuevo Congreso. Ellos lo postularían. ¿Quién si no él podía representarlos de verdad? Si él Y su señora quisieran recorrer los pueblos el domingo, verían cómo eran queridos y qué segura estaba la diputación.

Ventura volvió a inclinar la cabeza antes de colocarse el sombrero. La calesa fue conducida por un peón hasta la verja y él le dio la espalda al indio y caminó hacia la mecedora donde se encontraba la mujer preñada.

"¿O es mi deber mantener hasta el fin el rencor que siento?"

Extendió la mano y ella la tomó. Los tejocotes podridos se abrieron bajo sus pies, los perros ladronzaron y corrieron alrededor de la calesa y las ramas de los ciruelos esparcieron la frescura del rocío. Al darle su apoyo para que subiera a la calesa, él apretó involuntariamente el brazo de su esposa y sonrió.

—No sé si te haya ofendido en algo. Si lo he hecho, te ruego que me perdes.

Esperó unos instantes. Si ella, por lo menos, mostrara cierta turbación. Eso le habría bastado: un gesto que, aun cuando no fuese de cariño, delataría la mínima debilidad, el signo suficiente de una ternura, de un deseo de protección.

"Si sólo pudiera decidirme, si sólo pudiera."

Igual que durante su primer encuentro, él corrió la mano hacia la palma de ella y volvió a tocar una carne sin emoción. Tomó las riendas y ella se sentó a su lado y abrió la sombrilla azul, sin dirigir la mirada a su esposo.

—Cuiden al niño.

"He dividido mi vida en noche y día, como para satisfacer a las dos razones. ¿Por qué no puedo escoger una sola, Dios mío?"

Él miró fijamente hacia el Oriente. La tierra del maíz, surcada por hilos de agua que los campesinos canalizaban, con las manos, hacia los sembradíos jóvenes, protegiendo los montículos donde se escondía la semilla, pasó a lo largo del camino. Los gavilanes planeaban a lo lejos: emergieron los cetros verdes de los magueyes; los machetes trabajan cortando incisiones en los troncos: esa savia. Sólo el gavilán, desde lo alto, podía distinguir la mancha húmeda y feraz que rodeaba los cascotes de las tierras del nuevo señor, que fueron antiguas tierras de Bernal, Labastida y Pizarro.

"Sí: él me quiere, debe quererme."

La saliva plateada de los riachuelos se agotaba pronto y la excepción cedía su lugar a la regla: el llano calizo de los magueyes. Al paso de la calesa, los trabajadores abandonaron machetes y azadones, los arrieros chicotearon a los borricos: las nubes de polvo se levantaron sobre otra tierra, seca sin transición. Adelante de la calesa, como un enjambre negro, iba la procesión religiosa que no tardaron en alcanzar.

"Debía darle todas las razones para que me quisiera. ¿No me halaga su pasión por mí? ¿No me halagan sus palabras de amor, su osadía, las pruebas de su placer? Aun así. Aun embarazada, no me deja. Sí, sí me halagan."

El lento avance de los peregrinos los detuvo: niños vestidos con túnicas blancas de filetes dorados, a veces con halos de papel plateado y alambre temblando sobre las cabezas negras, tomados de las manos de las mujeres enrebozadas, pómulos rojos y miradas de vidrio, que se santiguaban y murmuraban las letanías antiguas: de rodillas, con los pies desnudos y las manos encadenadas a los rosarios: quiénes detenían al hombre de piernas llagadas que iba a cumplir la manda, quiénes azotaban al pecador que recibía con gozo los cordelazos sobre la espalda desnuda y la cintura ceñida con pencas espinosas: las coronas de espina abrían heridas sobre las frentes morenas, los escapularios de nopal sobre los pechos lampiños: los murmullos en lengua indígena no se levantaban más allá 'del ras de tierra punteada de gotas rojas que los pies lentos aplanaban y en seguida ocultaban: pies de costra dura, encallecidos, acostumbrados a llevar esa segunda capa de piel lodosa. La calesa no avanzaba.

"¿Por qué no sé aceptar todo eso sin algo extraño en mi corazón, sin una reserva? Quiero entenderlo como la demostración de que él no puede resistir el atractivo de mi cuerpo y sólo puedo entenderlo como una prueba de que lo he sometido, de que puedo arrancarle todas las noches ese amor y al día siguiente despreciarlo con mi frialdad y lejanía. ¿Por qué no decidirme? ¿Por qué debo decidirme?"

Los enfermos apretaban los chiqueadores de cebolla contra las sienes o se dejaban recorrer por las ramas santas de las mujeres: cientos, cientos: sólo un aullido sin interrupción quebraba el silencio bajo de los murmullos: aun los perros babeantes, de piel sarnosa, jadeaban bajo, corriendo entre la multitud de paso lento que esperaba la aparición, en la lejanía, de las torres de yeso rosado, la portada de azulejo y las cúpulas de mosaico amarillo, Los guajes subían a los labios delgados de los penitentes y por los mentones escurría la flema espesa del pulque. Ojos en blanco, agusanados; rostros manchados por la tiña; cabezas rapadas de los niños enfermos; narices picadas por la viruela; cejas borradas por la sífilis: la marca del conquistador en los cuerpos de los conquistados que avanzaban de rodillas, a gatas, a pie, hacia el santuario erigido para honrar al dios de los teúles. Centenares, centenares: pies, manos, signos, sudor, lamentos, ronchas, pulgas, lodo, labios, dientes: centenares.

"Debo decidirme; no tengo otra posibilidad en la vida que ser, hasta mi muerte, la mujer de este hombre, ¿Por qué no aceptarlo? Sí, es fácil pensar lo. No es tan fácil olvidar los motivos de mi rencor. Dios, Dios, dime si yo misma estoy destruyendo mi felicidad, dime si debo preferirlo a mis deberes de hermana y de hija..."

La calesa se abría paso con dificultad por el sendero de polvo, entre los cuerpos que no conocían la prisa, que avanzaban de rodillas, a pie, a gatas, hacia el santuario. Los flancos de maguey impedían salirse del camino para dar un rodeo y la mujer blanca se defendía del sol con la sombrilla entre los dedos, era mecida suavemente por los hombros de los peregrinos: los ojos de gacela, los lóbulos sonrosados, la blancura pareja de la tez, el pañuelo que le cubría la nariz y la boca, los senos altos detrás de la seda azul, el vientre grande, los pequeños pies cruzados y las zapatillas de raso:

"Tenemos un hijo. Mi padre y mi hermano están muertos. ¿Por qué me hipnotiza lo pasado? Debería mirar hacia adelante. Y no sé decidirme. ¿Vaya permitir que los hechos, la suerte, algo fuera de mí decida por mí? Es posible. Dios. Espero otro hijo...":

Las manos se alargaron hacia ella: primero el miembro calloso de un indio viejo y encanecido, en seguida los brazos, desnudos bajo el rebozo, de las mujeres; un murmullo quedo de admiración y cariño, un ansia de tocarla, unas sílabas aflautadas: "Mamita, mamita." La calesa se detuvo y él saltó, empuñando el fuete sobre las cabezas oscuras, gritando que abrieran paso: alto, vestido de negro, con el sombrero galoneado metido hasta las cejas...,

"... Dios, ¿por qué me has puesto en este compromiso?....

Ella tomó las riendas, dirigió violentamente el caballo hacia la derecha, arrojando al suelo a los peregrinos, hasta que el caballo relinchó, levantó las patas delanteras, rompió las vasijas de barro, los huacales con gallinas que cacarearon, revolotearon, golpeó las cabezas de los indios caídos por tierra, giró en redondo, sudoroso y brillante, con los nervios del cuello estirados y los ojos bulbosos: ella sintió sobre su cuerpo todos los sudores y las llagas, la gritería sorda, los bichos, el ascenso del tufo del pulque; chicoteó, levantada, equilibrada por la gravedad del vientre, las riendas sobre el lomo del animal. La multitud abrió paso, con pequeños chillidos de inocencia y asombro, brazos levantados, cuerpos arrojados hacia la muralla de maguey y ella corrió de regreso,

"¿Por qué me has dado esta vida en la que debo elegir? No nací para eso... "

Jadeante, lejos de esa gente, hacia el casco perdido en las reverberaciones, oculto por la rápida altura de los árboles frutales que él plantó.

"Soy una mujer débil. Sólo quería una vida tranquila, en la que otros escogieran por mí. No... , no sé decidirme... , No puedo... No puedo..."

Las largas mesas fueron dispuestas cerca del santuario, a pleno sol; las moscas volaron en escuadrillas tupidas sobre las grandes ollas de frijol y los tacos duros amontonados encima de un mantel de papel periódico; las garrafas de pulque curado en guinda y los elotes secos y los jamoncillos de almendra tricolor rompían la opacidad de la comida y de las ollas. El presidente municipal se subió a un templete y lo presentó y lo elogió y él aceptó su postulación para diputado federal, arreglada meses antes en Puebla y en México con el gobierno que reconocía sus méritos revolucionarios, su buen ejemplo al retirarse del ejército para cumplir los postulados de la Reforma

Agraria y sus excelentes servicios al suplir la ausencia de autoridad en la comarca, instaurando por su cuenta y riesgo el orden. Los rodeaba el murmullo sordo y persistente de los peregrinos que entraban y salían del templo, lloraban en voz alta a su virgen y su dios, plañían, oían los discursos y bebían de los garrafones, Alguien gritó, Sonaron varios tiros. El candidato no perdió la compostura, los indios mascaban los tacos y él cedió la palabra a otro letrado de la región, mientras la tambora indígena lo saludaba y el sol se escondía detrás de las montañas.

—Lo que le avisé —murmuró Ventura cuando las gotas redondas de la lluvia puntual empezaron a sonar sobre su sombrero—. Allí estaban los matones de don Pizarro, apuntándole apenas se subió usted al templete.

Él, sin sombrero, se metió por la cabeza el gabán de hojas de elote. —¿Cómo quedaron? —Bien fríos —sonrió Ventura-o Los teníamos rodeados desde antes que comenzara la función.

Metió el pie en el estribo del caballo, —Tírenselos en su mera puerta a Pizarra.

La odió cuando entró a la sala encalada, desnuda, y la encontró sola, meciéndose en la silla y acariciándose los brazos como si la llegada del hombre la llenase de un frío intangible, como si el aliento del hombre, el sudor seco de su cuerpo, el tono temido de su voz, acarrearan un viento helado. Tembló la nariz delgada y recta de la mujer: él arrojó el sombrero sobre la mesa y las espuelas avanzaron rayando el piso de ladrillo.

—Me... me asustaron...

Él no habló. Se sacó el gabán y lo tendió cerca de la chimenea. El agua corría con un siseo entre las tejas del techo. Era la primera vez que ella intentaba una justificación.

—Preguntaron por mi mujer. Hoy fue un día importante para mí.

—Sí, lo sé...

—Cómo te diré... todos... todos necesitamos testigos de nuestra vida para poder vivirla...

—Sí...

—Tú...

—¡Yo no escogí mi vida! —dijo ella con la voz alta, apretando con las manos los brazos de la mecedora-o Si tú obligas a las personas a hacer tu voluntad, luego no exijas de nadie gratitud ni...

—¿Contra tu voluntad? ¿Por qué te gusto, entonces? ¿Por qué andas ahí bramando en la cama si después nada más vas a poner caras largas? ¿Quién te entiende?

—¡Miserable!

—Anda, hipócrita, contesta, ¿por qué?

—Sería igual con cualquier hombre.

Levantó los ojos para enfrentarse a él. Ya estaba dicho. Prefería rebajarse. —¿Qué sabes tú? Puedo darte otra cara y otro nombre...

—Catalina... Yo te he querido ... De mi parte no ha quedado.

—Déjame. Estoy en tus manos para siempre. Ya tienes lo que querías. Conténtate y no pidas imposibles.

—¿Por qué renuncias? Yo sé que te gusto...

—Déjame. No me toques. No me eches en cara mi debilidad. Te juro que no volveré a dejarme ir... con eso.

—Eres mi mujer.

—No te acerques. No te faltaré. Eso te pertenece... Es parte de tus triunfos.

—Sí, y vas a tener que soportarlo el resto de tu vida.

—Ahora ya sé cómo consolarme. Con Dios de mi lado, con mis hijos, nunca me faltará alivio...

—¿Por qué ha de estar Dios de tu lado, farsante?

—No me importan tus insultos. Yo ya sé cómo consolarme.

—¿De qué?

—No te alejes. De saber que vivo con el hombre que humilló a mi padre y traicionó a mi hermano.

—Te va a pesar, Catalina Bernal. Me vas metiendo la idea en la cabeza de recordarte a tu padre y a tu hermano cada vez que me abras las piernas...

—Ya no puedes ofenderme.

—No andes tan segura.

—Haz lo que gustes. ¿Te duele la verdad? Mataste a mi hermano.

—Tu hermano no tuvo tiempo de que lo traicionaran. Tenía ganas de ser mártir. No quiso salvarse.

—Él murió y tú estás aquí, bien vivo y aprovechando su herencia. Eso es todo lo que yo sé.

—Entonces arde, y piensa que nunca renunciaré a ti, nunca, ni cuando me muera, pero que yo también sé humillar. Te va a doler no haberte dado cuenta...

—¿Crees que no distingú tu cara de animal cuando decías quererme?

—No te quería apartada, sino metida en mi vida...

—No me toques. Eso es lo que nunca podrás comprar.

—Olvídate de este día. Piensa que vamos a vivir toda la vida juntos.

—Aléjate. Sí. En eso pienso. En tantos años por delante.

—Perdóname, entonces. Te lo pido otra

—¿Tú me perdonarás a mí?

—No tengo nada que perdonarte.

—¿Me perdonarás que yo no te perdone el olvido en que va cayendo el otro, el que me gustaba de verdad? Si sólo pudiera recordar bien su cara... Por eso te odio también, porque me has hecho olvidar su cara ... Si sólo hubiera tenido *ese* amor primero, ya podría decir que viví... Trata de entenderme; lo odio a él más que a ti, porque se dejó asustar y nunca volvió... Puede que te diga estas cosas porque no puedo decírselas a él... sí, dime que es una cobardía pensar así... no sé; yo ... yo soy débil... y tú, si quieres, puedes amar a muchas mujeres, pero yo estoy atada a ti. Si él me hubiera tomado a la fuerza, hoy no tendría que recordarlo y odiarlo sin poder recordar cómo era su cara. Me quedé insatisfecha para siempre, ¿me entiendes?.. Óyeme, no te alejes... y como no tengo el valor de culparme a mí misma de todo lo que ha pasado y tampoco lo tengo a él cerca para odiarlo, te echo la culpa a ti, y te odio a ti, que eres tan fuerte, que puedes cargar con todo... Dime si me perdonas esto, porque yo no podré perdonarte mientras no me perdone a mí misma y a él, que se fue ... tan débil... Pero no quiero pensar ni hablar; déjame vivir en paz y pedirle perdón a Dios, no a ti...

—Cálmate. Te prefería con tus silencios taimados.

—Ya lo sabes. Puedes herirme cuantas veces quieras. Hasta esa arma te he dado. De repente porque quiero que tú me odies también y se nos acaben de una vez las ilusiones... —Sería más sencillo olvidarlo todo y empezar de nuevo.

—No estamos hechos así.

La mujer inmóvil recordó su primera decisión, cuando don Gamaliel le advirtió lo que pasaba. Sucumbir con fuerza. Dejarse victimar para poder desquitarse.

—Nada me puede detener, ¿ves? Dime una razón que me pueda detener.

—Es que esto es más fácil.

—¡Te digo que no me toques, no me acaricies!

—Es más fácil el odio, te digo. El amor es más difícil y exige más...

—Esto es lo natural. Es lo que me sale.

—No hace falta cultivarlo y quererlo. Sale solo.

—¡Que no me toques!

No miró más a su marido. La ausencia de palabras borraba la cercanía de ese hombre alto y oscuro, de bigote espeso, que sentía las cejas y la nuca oprimidas por un dolor de piedra. Adivinó algo más en los ojos hermosos y nublados de su esposa. Esa boca cerrada le echaba en cara, con un rictus de desprecio disimulado, las palabras que nunca diría.

"¿Crees que después de hacer todo lo que has hecho, tienes todavía derecho al amor? ¿Crees que las reglas de la vida pueden cambiarse para que, encima de todo, recibas esas recompensas? Perdiste tu inocencia en el mundo de afuera. No podrás recuperarla aquí adentro, en el mundo de los afectos. Quizá tuviste tu jardín. Yo también tuve el mío, mi pequeño paraíso. Ahora ambos lo hemos perdido. Trata de recordar. No puedes encontrar en mí lo que ya sacrificaste, lo que ya perdiste para siempre y por tu propia obra. No sé de dónde vienes. No sé qué has hecho. Sólo sé que en tu vida perdiste lo que después me hiciste perder a mí: el sueño, la inocencia. Ya nunca seremos los mismos."

Él quiso leerlas en el rostro inmóvil de su esposa. Involuntariamente, se sintió cerca de la razón que ella no expresaba. La palabra regresó a su temor oculto. Cainita: esa palabra atroz no debía brotar, jamás, de los labios de la mujer que, aunque se perdiera la esperanza de amor, sería sin embargo su testigo —mudo, receloso— durante los años por venir. Apretó las mandíbulas. Sólo un acto podría, quizás deshacer este nudo de la separación y el rencor. Sólo unas palabras, dichas ahora o nunca más. Si ella las aceptaba, podrían olvidar y empezar de nuevo. Si no las aceptaba...

"Sí, estoy vivo y a tu lado, aquí, porque dejé que otros murieran por mí. Te puedo hablar de los que murieron porque yo me lavé las manos y me encogí de hombros. Acéptame así, con estas culpas, y mírame como a un hombre que necesita... No me odies. Tenme misericordia, Catalina amada. Porque te quiero; pesa de un lado mis culpas y del otro mi amor y verás que mi amor es más grande..."

No se atrevía. Se preguntaba por qué no se atrevía. ¿Por qué no le exigía ella la verdad —a él, incapaz de revelarla, consciente de que esta cobardía los alejaba aún más y lo hacía a él, también, responsable del amor fracasado— para que los dos se limpiaran de la culpa que, para ser redimido, este hombre quería compartir?

"Solo no; solo no puedo."

Durante ese breve minuto íntimo y silencioso...

"Yo ya soy fuerte. Mi fuerza es aceptar sin lucha estas fatalidades."

... él aceptó también la imposibilidad de remontarse, de regresar... Ella se incorporó murmurando que el niño dormía solo en la recámara. Él quedó solo e imaginó, la imaginó de hinojos, frente al crucifijo de marfil, cumpliendo el último acto que la desprendía

"de mi destino y de mi culpa, aferrada a tu salvación personal, rechazando esto, esto que debió ser nuestro, aunque te lo ofreciera en silencio; ya no regresarás... "

Cruzó los brazos y salió a la noche del campo, levantando la cabeza para saludar la brillante compañía de Venus, la primera estrella de una bóveda que se poblaba velozmente de luces. Otra noche pasada había mirado hacia los astros; nada ganaba con recordarlo. Ya no era aquél, ni los astros eran los mismos que su mirada juvenil contempló.

La lluvia había cesado. El huerto desprendía un olor profundo de guayaba y tejocote, ciruelo y perón. Él había plantado los árboles del jardín. Él había levantado la cerca que deslindaba la casa y la huerta, su dominio íntimo, de las tierras de labranza.

Cuando las botas pisaron la tierra húmeda, clavó las manos en las bolsas del pantalón y caminó lentamente hacia la verja. La abrió y siguió hacia el caserío vecino. Durante el primer embarazo de su esposa, esa joven india le había recibido ocasionalmente, con un silencio inerte y una ausencia total de preguntas o previsiones.

Entró sin avisar, empujando la puerta de golpe, a la casucha de adobes rotos. La tomó del brazo, levantándola del sueño, tocando ya el calor de la carne oscura, dormida. La muchacha miró con susto la cara descompuesta del amo, el pelo rizado que le caía sobre los ojos de vidrio verdoso, los gruesos labios rodeados de un vello revuelto y áspero.

—Ven, no te asustes.

Ella levantó los brazos para pasarse la blusa blanca y alargó una mano para recoger el rebozo. Él la condujo hacia afuera. Ella mugía bajo, como un becerrillo lazado. Y él levantó el rostro hacia el cielo, tapizado esta noche con todas sus lumbres.

—¿Ves aquella estrellota brillante? Parece que está a la mano, ¿no es cierto? Pero si hasta tú sabes que nunca la vas a tocar. Hay que decirle que no a lo que no podemos tocar con las manos. Ven; vas a vivir conmigo en la casa grande.

La joven entró con la cabeza baja a la huerta.

Los árboles lavados por el aguacero brillaron en la oscuridad. La tierra fermentada se llenó de olores gruesos y él respiró hondo.

Y arriba, en la recámara, ella dejó la puerta entreabierta y se recostó. Encendió la veladora. Dio la cara a la pared, cruzó las manos sobre los hombros y recogió las piernas. Un instante después, las alargó y buscó a tientas las zapatillas en el piso. Se levantó y caminó a lo largo del cuarto, levantando y bajando la cabeza. Arrulló, sin

darse cuenta, al niño dormido en la cama pequeña. Se acarició el vientre. Volvió a recostarse y ya permaneció así esperando que los pasos del hombre se escucharan en el corredor.

Yo dejo que hagan, yo no puedo pensar ni desear; yo me acostumbro a este dolor: nada puede durar eternamente sin convertirse en costumbre; el dolor que siento debajo de las costillas, alrededor del ombligo, en los intestinos, ya es mi dolor, un dolor que roe: el sabor de vómitos en mi lengua es mi sabor; el abultamiento de mi vientre es mi parto, lo asemejo al parto, me da risa. Trato de tocarlo. Lo recorro del ombligo al pubis. Nuevo. Redondo. Pastoso. Pero el sudor frío cede. Ese rostro sin color que alcanzo a ver en los vidrios sin simetría de la bolsa de mano de Teresa, que pasa junto a mi cama, nunca se desprende de su bolsa, como si hubiera ladrones en la recámara. Yo sufro ese colapso. Yo ya no sé. El médico se ha ido. Dijo que iba a buscar otros médicos. No quiere hacerse responsable de mí. Yo ya no sé. Pero los veo. Han entrado. Se abre, se cierra la puerta de caoba y los pasos no se escuchan sobre el tapete hondo. Han cerrado las ventanas. Han corrido, con un siseo, las cortinas grises. Han entrado. Ah, hay una ventana. Hay un mundo afuera. Hay este viento alto, de meseta, que agita unos árboles negros y delgados. Hay que respirar...

—Abran la ventana ...

—No, no. Puedes resfriarte y complicarlo todo. -Abran ...

—*Domine non sum dignus...*

—Me cago en Dios...

— ... porque crees en él...

Muy listo. Eso fue muy listo. Me calma. Ya no pienso en esas cosas. Sí, ¿para qué voy a insultarlo, si no existe? Me hace bien esto. Voy a admitir todo esto porque rebelarme es conceder que existen esas cosas. Eso voy a hacer. No sé en qué pensaba. Perdón. El cura me entiende. Perdón. No voy a darles razón rebelándome. Así es mejor. Debo poner una cara de tedio. Es la que conviene. Cuánta importancia se le está dando a todo esto. A un hecho que para el más interesado, para mí, significa el fin de la importancia. Sí. Así vamos bien. Así. Cuando me doy cuenta de que todo dejará de tener importancia, los demás tratan de convertirlo en lo más importante: el propio dolor, la salvación del alma ajena. Lanzo este sonido hueco por las ventanillas de la nariz y los dejo hacer y cruzo los brazos sobre el estómago. Oh, lárguense todos, déjenme oír. A ver si no me entienden. A ver si no comprenden lo que quiere decir un brazo doblado así...

"— ... alegan que aquí en México se pueden fabricar esos mismos carros. *Pero* nosotros vamos a impedirlo, ¿verdad? Veinte millones de pesos son un millón y medio de dólares...

"—*Plus our commissions...*

"—No le va a sentar muy bien el hielo con ese catarro.

"—*Just hay fever. Well, I'll be ...*

—No termino. Además, dicen que los fletes cobrados a las compañías mineras por el transporte del centro de la República a la frontera son bajísimos, que equivalen a un subsidio, que cuesta más caro transportar legumbres que acarrear los minerales de nuestras compañías...

"—*Nasty, nasty...*

—Cómo no. Usted comprende que si aumentan los fletes, nos será incosteable trabajar las minas...

"—*Less profits, su re, lessprofitsure lesslessless ...*"

—Qué pasa, Padilla? Hombre, Padilla. ¿Qué cacofonía es ésa? Hombre, Padilla.

—Se acabó el carrete. Un instante. Sigue del otro lado.

—Él no escucha, licenciado.

Padilla ha de sonreír como él sabe. Padilla me conoce. Yo escucho. ¡Oh, yo escucho, ay! Ese ruido me llena de electricidad el cerebro. Ese ruido de mi propia voz, mi voz reversible, sí, que vuelve a chillar y puede escucharse corriendo hacia atrás, con un chillido de ardilla, pero mi voz como mi nombre que sólo tiene once letras y puede escribirse de mil maneras Amuc Reoztrir Zurtec Marzi Itzau Erimor pero que tiene su clave, su patrón, Artemio Cruz, ah mi nombre, me suena mi nombre que chilla, se detiene, corre en sentido contrario:

—Sea usted amable, mister Corkery. Telegrafie todo esto a las matrices interesadas en los Estados Unidos. Que muevan a la prensa de allá contra los ferrocarrileros comunistas de México.

"—*Sure, if you say they're commies, I feel it my duty to uphold by any means our ...*

—Sí, sí, sí. Qué bueno que nuestros ideales coinciden con nuestros intereses, ¿verdad que sí? Y otra cosa: hable usted con su embajador, que ejerza presión sobre el gobierno mexicano, que está recién estrenado y medio verdecito todavía.

"—*Oh, we never intervene.*

—Perdone mi brusquedad. Recomiéndele que estudie el asunto serenamente y ofrezca su opinión desinteresada, dada su natural preocupación por los intereses de los ciudadanos norteamericanos en México. Que les explique que es necesario mantener un clima favorable para la inversión, y con estas agitaciones...

"—*O.K., O.K.*"

Oh, qué bombardeo de signos, de palabras, de estímulos para mi oído cansado; oh, qué fatiga; oh, qué lenguaje sin lenguaje; oh, pero lo dije, es mi vida, debo escucharla;

oh, no entenderán mi gesto porque apenas puedo mover los dedos: que lo corten ya, ya me aburrió, qué tiene que ver, qué lata, qué lata... Tengo algo que decirles:

—Lo dominaste y me lo arrancaste.

—Esa mañana lo esperaba con alegría. Cruzamos el río a caballo.

—Te echo la culpa. A ti. Tú eres el culpable.

Teresa deja caer el diario. Catalina dice al acercarse al lecho, como si yo no pudiera escucharla: —Se ve muy mal.

—¿Ya dijo dónde está? —pregunta Teresa en voz más baja.

Catalina niega con la cabeza. —Los abogados no lo tienen. Debe estar escrito a mano. Aunque él sería capaz de morir intestado, con tal de complicarnos la vida.

Las escucho con los ojos cerrados y disimulo, disimulo.

—¿El padre no pudo sacarle nada?

Catalina ha debido negar. Siento que se arrodilla junto a la cabecera y dice con la voz lenta y quebrada: —¿Cómo te sientes?.. ¿No tienes ganas de platicar un poquito?.. Artemio... Hay algo muy grave ... Artemio ... No sabemos si has dejado testamento. Quisiéramos saber dónde...

El dolor va pasando. Ellas no ven el sudor frío que desciende por mi frente, ni mi inmovilidad tensa. Escucho las voces, pero sólo ahora vuelvo a distinguir las siluetas. Todo regresa a su foco normal y las distingo enteras, con sus rostros y ademanes, y quiero que el dolor regrese a mi vientre. Me digo, me digo lúcido que no las quiero, que nunca las he querido.

— ... quisiéramos saber dónde...

Imagínense ante un tendero que no fía, cabronas, ante un desahucio de domicilio, ante un abogado chicanero, ante un médico estafador, imaginense en la pinche clase media, cabronas, haciendo cola, haciendo cola para comprar leche adulterada, pagar impuestos prediales, obtener audiencia, conseguir un préstamo, haciendo cola para soñar que pueden llegar más alto, envidiando el paso de la mujer y la hija de Artemio Cruz en su automóvil, envidiando una casa en las Lomas de Chapultepec, envidiando un abrigo de *mink*, un collar de esmeraldas, un viaje al extranjero, imaginense en un mundo sin mi orgullo y mi decisión, imaginense en un mundo en el que yo fuera virtuoso, en el que yo fuera humilde: hasta abajo, de donde salí, o hasta arriba, donde estoy: sólo allí, se lo digo, hay dignidad, no en el medio, no en la envidia, la monotonía, las colas: todo o nada: ¿conocen mi albur? ¿lo entienden?: todo o nada, todo al negro o todo al rojo, con güevos, ¿eh?, con güevos, jugándosela, rompiéndose la madre, exponiéndose a ser fusilado por los de arriba o por los de abajo; eso es ser hombre, como yo lo he sido, no como ustedes hubieran querido, hombre a medias, hombre de berrinchitos, hombre de gritos destemplados, hombre de burdeles y cantinas,

macho de tarjeta postal, ¡ah, no, yo, no! yo no tuve que gritarles a ustedes, yo no tuve que emborracharme para asustarlas, yo no tuve que golpearlas para imponerme, yo no tuve que humillarme para rogarles su cariño: yo les di la riqueza sin esperar recompensa, cariño, comprensión y porque nada les exigí ustedes no han podido abandonarme, se han prendido a mi lujo, maldiciéndome como quizá no hubieran maldecido mi pobre sueldo envuelto en papel manila, pero obligadas a respetarme como no hubieran respetado mi mediocridad, ah viejas ojetes, viejas presumidas, viejas impotentes que han tenido todos los objetos de la riqueza y siguen teniendo la cabeza de la mediocridad: si al menos hubieran aprovechado lo que les di, si al menos hubieran comprendido para qué sirven, cómo se usan las cosas del lujo: mientras yo lo tuve todo, ¿me oyen?, todo lo que se compra y todo lo que no se compra, tuve a Regina, me oyen, amé a Regina, se llamaba Regina y me amó, me amó sin dinero, me siguió, me dio la vida allá abajo ¿me oyen?: te oí, Catalina, escuché lo que le dijiste un día:

"—Tu padre; tu padre, Lorenzo... ¿Crees...? ¿Crees que se puede aprobar...? No sé, de hombres santos... de verdaderos mártires... "

—*Domine non sum dignus...*

Tú olerás, en el fondo de tu dolor, ese incienso que no acaba de disiparse y sabrás, detrás de tus ojos cerrados, que las ventanas han sido cerradas también, que ya no respiras el aire fresco de la tarde: sólo el tufo del incienso, el rostro del sacerdote que pasará a darte la absolución, un oficio extremo que tú no pedirás, que aceptarás, sin embargo, para no gratificarlos con tu rebeldía de última hora: querrás que todo suceda sin que tú le debas nada a nadie y querrás recordarte en una vida que a nadie le deberá nada: ella te lo impedirá, el recuerdo de ella la nombrarás: Regina; la nombrarás: Laura; la nombrarás: Catalina; la nombrarás: Lilia— que sumará todos tus recuerdos y te obligará a reconocerla: pero aun esa gratitud la transformarás —lo sabrás, detrás de cada grito de dolor agudo— en compasión de ti mismo, en perdida de tu perdida: nadie te dará más, para quitarte más, que esa mujer, la mujer que amaste con sus cuatro nombres distintos: ¿quién más?:

Te resistirás: habrás formulado un voto secreto: no reconocer tus deudas: habrás envuelto en el mismo olvido a Teresa y Gerardo: un olvido que justificarás porque nada sabrás de ellos, porque la muchacha crecerá aliado de su madre, lejos de ti que sólo tendrás vida para tu hijo, porque Teresa se casará con ese muchacho cuyo rostro nunca podrás fijar en la memoria, ese muchacho borroso, ese hombre gris que no deberá gastar y ocupar el tiempo de gracia acordado a tu memoria: y Sebastián: no querrás recordar al maestro Sebastián: no querrás recordar esas manos cuadradas que te halarán las orejas, te pegarán con una regla: no querrás recordar tus nudillos adoloridos, tus dedos blanqueados de tiza, tus horas frente al pizarrón aprendiendo a escribir, a multiplicar, a dibujar cosas elementales, casas y círculos, no querrás: es tu deuda:

gritarás y los brazos te detendrán: querrás levantarte y caminar para calmar tu dolor:

olerás el incienso,

olerás el jardín cerrado,

pensarás que no se puede escoger, que no se debe escoger, que aquel día no escogiste: dejaste hacer, no fuiste responsable, no creaste ninguna de las dos morales que aquel día te solicitaron: no pudiste ser responsable de las opciones que tú no creaste: soñarás, apartado de tu cuerpo que grita y se tuerce, apartado de *ese* machete que se ha clavado en tu estómago hasta arrancarte lágrimas, soñarás en ese ordenamiento de la vida, creado por ti mismo, que nunca podrás revelar porque el mundo no te dará la oportunidad, porque el mundo sólo te ofrecerá sus tablas establecidas, sus códigos en pugna, que tú no soñarás, que tú no pensarás, que tú no vivirás:

el incienso será un olor con tiempo, un olor que se cuenta:

el padre Páez vivirá en tu casa, será escondido en el sótano por Catalina: tú no tendrás la culpa, no tendrás la culpa:

no recordarás lo que digan, tú y él, esa noche, en el sótano: no recordarás si él, si tú lo dicen: ¿cómo se llama el monstruo que voluntariamente se disfraza de mujer, que voluntariamente se castra, que voluntariamente se emborracha con la sangre ficticia de un Dios?: ¿quién dirá eso?: pero que ama, se lo juro, porque el amor de Dios es muy grande y habita todos los cuerpos, los justifica: tenemos nuestros cuerpos por gracia y bendición de Dios, para darles los minutos de amor de los que la vida quisiera despojarnos: no sientas vergüenza, no sientas nada y en cambio olvidarás tus penas: que no puede ser pecado porque todas las palabras y todos los actos de nuestro amor breve, apresurado, de hoy y nunca de mañana, son sólo una consolación que nos damos tú y yo, una aceptación de los males necesarios de la vida que después justifique nuestra contrición pues ¿cómo ha de haber contrición verdadera sin el reconocimiento del mal verdadero en nosotros? ¿cómo hemos de darnos cuenta del pecado cuyo perdón hemos de implorar de rodillas si antes no cometemos el mismo pecado?: olvida tu vida, déjame apagar la luz, olvídalos todo y después rogaremos juntos por nuestro perdón y levantaremos una plegaria que borre nuestros minutos de amor: para consagrarte este cuerpo que fue creado por Dios y dice Dios en cada deseo incumplido o satisfecho, dice Dios en cada caricia secreta, dice Dios en la entrega de un semen que Dios plantó entre tus muslos:

vivir es traicionar a tu Dios; cada acto de la vida, cada acto que nos afirma como seres vivos, exige que se violen los mandamientos de tu Dios;

hablarás esa noche con el mayor Gavilán en un burdel, con todos los viejos compañeros y no recordarás lo que se dijeron, aquella noche, no recordarás si ellos lo

dicen, si tú lo dices, con la voz fría que no será la voz de los hombres: la voz fría del poder y del interés: deseamos el mayor bien posible para la patria: mientras sea compatible con nuestro bienestar personal: seamos inteligentes: podemos llegar lejos: hagamos lo necesario no lo imposible: determinemos de una vez todos los actos de fuerza y crueldad que nos sean útiles de una vez: para no tener que repetirlos: vamos escalonando los beneficios para que el pueblo los saboree: la revolución puede hacerse muy de prisa: pero mañana nos exigirían más y más y más: y entonces no tendríamos nada que ofrecer si ya lo hemos hecho y dado todo: salvo acaso nuestro sacrificio personal: ¿para qué morir si no vamos a ver los frutos de nuestra heroicidad?: tengamos siempre algo en reserva: somos hombres no mártires: todo nos será permitido si mantenemos el poder: pierde el poder y te chingan: date cuenta de nuestra fortuna: somos jóvenes pero estamos nimbados con el prestigio de la revolución armada y triunfante: ¿para qué peleamos?: ¿para morirnos de hambre?: cuando es necesario la fuerza es justa: el poder no se comparte:

¿y mañana? Estaremos muertos, diputado Cruz; que se las arreglen como puedan los que nos sucedan:

domine non sum dignus, domine non sum dignus: sí, un hombre que puede hablar dolorosamente con Dios un hombre que puede perdonar el pecado porque lo ha cometido, un sacerdote que tiene derecho a serlo porque su miseria humana le permite actuar la redención en su propio cuerpo antes de otorgarla a los demás: *domine non sum dignus*:

tú rechazarás la culpa; tú no serás culpable de la moral que no creaste, que te encontraste hecha: tú hubieras querido.

querido

querido

querido

oh, si eran felices aquellos días con el maestro Sebastián al que no querrás recordar más, sentado en sus rodillas, aprendiendo esas cosas elementales de las cuales debe partirse para ser un hombre libre, no un esclavo de los mandamientos escritos sin consultarte: oh, si eran felices aquellos días de aprendizaje, aquellos oficios que él te enseñó para que pudieras ganarte la vida: aquellos días con la forja y los martillos, cuando el maestro Sebastián regresaba cansado e iniciaba esas clases sólo para ti, para que tú pudieras valerte en la vida y crear tus propias reglas: tú rebelde, tú libre, tú nuevo y único: no querrás recordarlo: él te mandó, tú te fuiste a la revolución: no sale de mí este recuerdo, no te alcanzará:

no tendrás respuesta para los dos códigos opuestos e impuestos;

tú inocente,

tú querrás ser inocente,

tú no escogiste, aquella noche.